

Entrevista de Ángel Pola a Justo Sierra

BELEM CLARK DE LARA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOLÓGICAS, UNAM

Ángel Pola Moreno, periodista y editor mexicano (1861-1948), es considerado como el iniciador del género periodístico de la entrevista en México.¹ Durante el año de 1888 entrevistó a 21 personajes de la vida cultural mexicana de finales del siglo XIX. Material que publicó en El

¹ Ángel Pola se formó académicamente en el Instituto de Ciencias y Artes de la ciudad de Oaxaca. Ciudad en la que, desde muy joven, inició su carrera periodística al colaborar en el *Diario de Oaxaca*.

Llegó a la ciudad de México en 1883 y, al poco tiempo, con el seudónimo de Lucretius T. Carus, comenzó a escribir en el periódico *El Socialista*. Colaboró también en las publicaciones periódicas de mayor tradición en México, entre otras: *El Siglo XIX* y *El Monitor Republicano* —ambos periódicos decanos de la centuria pasada—, y en *El Partido Liberal*, *El Nacional*, *El Diario del Hogar*, *La Prensa* y *El Imparcial*.

Pola continuó su carrera periodística y, en 1894, en la capital de la República, fundó y dirigió el diario *El Noticioso*, publicación que costaba un centavo y llegó a tirar treinta mil ejemplares diarios. Preocupado por los voceadores, en 1898, en unión con otros directores de periódicos, les creó un primer dormitorio.

En 1937, Pola fue declarado Hijo Predilecto de Chiapas, y en 1944, al inaugurarse la Hemeroteca Nacional, se le condecoró como decano de los periodistas mexicanos.

Como editor, Pola también se distinguió al fundar la Editorial Reformista.

Al retirarse del periodismo, Pola se dedicó a atender su librería que estaba ubicada en la calle de Cuba núm. 99, frente a la Plaza de Santo Domingo, en la

Diario del Hogar, en una columna titulada "En casa de las celebridades". La octava entrevista de esta serie fue la que Pola le hiciera a don Justo Sierra.²

Estas entrevistas realizadas por Pola están ubicadas en lo que actualmente se considera "entrevistas de semblanza", que son las que se realizan para "captar el carácter, las costumbres, el modo de pensar, los datos biográficos y las anécdotas de un personaje: para hacer de él un retrato escrito. La entrevista de semblanza puede abordarlo exhaustivamente o mirarlo solamente bajo uno de sus aspectos".³

Ángel Pola nos legó en estos textos un testimonio de época; aportó datos biográficos de primera mano que aún siguen siendo referencia obligada —tal es el caso de Emilio Rabasa Estebanell, por ejemplo—; y nos proporcionó un acercamiento, no sólo a la literatura de su momento, sino también a la recepción que de ella se tuvo.

Muestra de todo ello es la entrevista que aquí presento.



ciudad de México; librería que, bajo la administración de su hija, funcionó hasta 1974.

² Actualmente preparo, en el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, la edición anotada de estas 21 entrevistas. Dos de ellas han sido ya rescatadas con anterioridad: la número cuatro, realizada a José Tomás de Cuéllar, apareció publicada por Belem Clark de Lara en los Apéndices del "Estudio preliminar" a la edición facsimilar de *La Ilustración Potosina* (IIFL, UNAM, 1989), revista literaria editada por el propio Cuéllar y por José María Flores Verdad. A la muerte de Cuéllar, Pola publicó, con variantes, esta charla en *El Universal*, 2ª época, t. XII, núm. 42 (21 de febrero de 1894), p. 2, con el título "De visita. José T. de Cuéllar".

La segunda entrevista a la que me refiero fue la número 21, que Pola le hiciera a Manuel Gutiérrez Nájera; Yolanda Bache Cortés rescató —en *Literatura Mexicana*, vol. VI, núm. 1, 1995, pp. 232-237—, la versión que Pola publicó con el título de "En secreto. Manuel Gutiérrez Nájera", en *El Universal*, t. X, núm. 53 (9 de julio de 1893), p. 2.

³ Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, p. 98.

En casa de las celebridades. Justo Sierra⁴

ÁNGEL POLA

CUANDO, después de preguntar por él, ganaba yo la serpiente de escaleras que conducen a su gabinete de estudio, vi que su sancristobalense figura obstruía el paso a la mitad de la subida.

Luego supo el fin de mi visita.

—Es usted uno de nuestros hombres más grandes.

—Sí, soy grande de cuerpo y peso diez arrobas⁵ me contestó, reviendo la tarjeta de presentación.

¿Lo creerán ustedes? pues esta frase da gráficamente idea de su cuerpo, así es, como él dice, aunque falta más: cara redonda y mofletuda, frente con dos entradas hasta la parte superior del cráneo y una península de cabellos que avanza en dirección del entrecejo, bigote corto, piochita entrecana, perdidos los ojos en la carnosidad de los párpados, hermoso y colorado como un fraile, y esto es todo lo característico en él, hablando materialmente; que en cuanto a lo demás, notable también es por sus obras, talento y erudición.

⁴ Ángel Pola, "En casa de las celebridades. Justo Sierra", en *Diario del Hogar*, año VII, núm. 277 (5 de agosto de 1888), p. 1. Como menciona Pola más adelante, Justo Sierra Méndez nació en la ciudad de Campeche, el 26 de enero de 1848; murió en Madrid, el 13 de septiembre de 1912, como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en España, bajo el gobierno de Francisco I. Madero.

⁵ Arroba: peso de 25 libras equivalente a 11 kilogramos y 502 gramos.

Como me negara su grandeza, no la material, que es el primero en apreciar y reconocer, sino la de espíritu, insistí:

—Es usted popular.

—Impopular dirá usted.

—No, señor, popular y muy popular.⁶

Buena gana tenía yo de decirle, al ver su renuencia, cuando le manifesté por la vez mil el propósito:

—Vamos, déjese usted que trato de bosquejarlo.

Pero... nada. Seguía echándome a perder el negativo. Y vuelta otra vez a comenzar. Por fin le indiqué que al día siguiente tenía obligación de darlo en mi “En casa de las celebridades” y entonces retorciéndose en su poltrona manifestóme:

⁶ Ya en 1887, Justo Sierra formaba parte de las notabilidades del mundo intelectual mexicano y del grupo de los “científicos”. Ese año llegó su consagración al ser elegido miembro de número de la Academia Mexicana correspondiente de la Española, donde ocupó la silla número VIII, de la cual fue el tercer titular, después de Joaquín Cardoso (1875-1880) y Ramón Isaac Alcaraz (1882-1886). Para mayor información sobre la actuación de Sierra en esos años *vid.* Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*, t. I, pp. 251-276.

Ejemplo del lugar que ocupó Justo Sierra en la cultura nacional lo podemos encontrar en opiniones como la de Manuel Gutiérrez Nájera:

“Querido Justo:

Después de oír a Sarah [Bernhardt], hay que hablar con usted. Es necesario dividir este entusiasmo, partirlo en dos, porque pesa mucho. Se siente el ‘*odi profanum vulgus*’ de Horacio, y se busca un espíritu superior con quien entenderse. Por eso busco a usted” (El Duque Job, “I. Sarah Bernhardt. Cartas a Justo Sierra”, publicado en cuatro entregas en *El Partido Liberal*, t. IV, núm. 588, 13 de febrero de 1887, p. 1; “II”, núm. 594, 20 de febrero de 1887, pp. 1-2; “III. Teodora”, núm. 599, 27 de febrero de 1887, pp. 1-2; “IV”, núm. 605, 6 de marzo de 1887, pp. 1-2; recogido en Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras VI. Teatro IV*, pp. 187-217).

Por esos años el renombre de Justo Sierra había trascendido el ámbito nacional; entre 1888 y 1889, Jorge Isaacs, el colombiano autor de *María*, buscó su apoyo para que el general Porfirio Díaz lo designara cónsul general de México en Colombia (*cf.* C. Dumas, *op. cit.*, pp. 274-276).

—Por qué no lo deja usted para ningún domingo. Son muy comprometedoras.

Comprometedoras, porque digo lo que son.

Pero antes de llegar al semblante, pintemos el fondo, que deseo salga todo tal como lo encontré.

Al término de la escalera está su gabinete de estudio; en el último escalón, del primer paso se llega al dintel. Es amplio: dos ventanas miran a la calle, con balcón suspendido a lo marroquí; al lado derecho hay un estante corrido de libros que lo llena por entero, coronándolo un Cristo blanco en la Cruz; al izquierdo, una puerta en medio y en los pequeños espacios más estantes de libros con el lomo viendo al cielo, acostados y de pie; al lado que uno deja a la espalda, al entrar, un sofá con sus dos indispensables poltronas y un velador; en el centro del gabinete, una mesota cuadrada, cargada de útiles de escritorio, libros recién nacidos oliendo a imprenta y montones de la *Revue Philosophique*.⁷

Está él sentado tiesamente, haciendo esfuerzos por caber, dejando un regular hueco entre la caja de su cuerpo y el ángulo formado por el asiento y el respaldo de la poltrona.

⁷ Claude Dumas, retomando a Luis G. Urbina, describe el “‘taller intelectual’ donde Justo Sierra forjaba su obra; una amplia habitación cuadrada, con los muros cubiertos de estanterías llenas de libros; un retrato de Víctor Hugo en su vejez colgado a media altura, y debajo, una estatua de Venus. Enfrente, sobre un mueble, la fotografía de un busto de Justo Sierra O’Reilly, y encima, sobre un estante separado, para hacerlos resaltar mejor, cinco gruesos volúmenes encuadernados en rojo: la obra de Víctor Hugo; un poco más lejos, una fotografía de Castelar con una dedicatoria, junto a un pequeño Gambetta de bronce. Al centro de la habitación, una gran mesa cubierta de paño verde, llena de hojas, de libros, de papeles, de periódicos, de donde emerge un tintero coronado con una cabeza de Dante” (C. Dumas, *op. cit.*, pp. 248-249). // *Revue Philosophique. De la France et de l’étranger*. Paraissant tous les mois. Dirigée par Th. Ribot. París. Libraire Gener Baillièrre et Cie. 17 Rue de l’école-de-Médecine (La Hemeroteca Nacional de México cuenta con una colección de esta revista que va de 1876 a 1906).

Yo, muy cerca de él, sentado en el sofá, con el lápiz en una mano y el *carnet* en la otra, paseo mi vista por todo, pendiente de sus palabras, cogiendo al vuelo sus frases, aunque con reproches a cada instante que me hacen perder la vista del derrotero de su vida.

—No me conformo con saber que nació usted en la ciudad de Campeche el 26 de enero de 1848 y sea usted yucateco; que a México vino usted en 1861 a continuar sus estudios, entrando en San Ildefonso;⁸ que fue usted literato a la edad de veinte años;⁹ que obtuvo usted el título de abogado en 1871; que escribía usted en 1868 las “Conversaciones del domingo” en *El Monitor Republicano*, cuando lo redactaban Guillermo Prieto, Ignacio M. Altamirano y J. M. del Castillo Velasco;¹⁰ que publicó usted *Las confesio-*

⁸ Al morir don Justo Sierra O'Reilly (1814-1861), la familia se trasladó a la ciudad de México; ahí el joven Justo se inscribió como interno en el Liceo Franco-Mexicano donde permaneció pocos meses. Posteriormente inició sus estudios de jurisprudencia en el Colegio de San Ildefonso.

⁹ El inicio de Justo Sierra en las letras mexicanas data de 1867, año en que publicó un poema en el periódico *El Globo* que dirigían Manuel María Zamacoena (1826-1904) y Rafael Dondé (1832-1911).

¹⁰ Efectivamente, el 5 de abril de 1868 Justo Sierra comenzó a publicar su serie “Conversaciones del domingo”, en el diario *El Monitor Republicano*, años más tarde retomó parte de estos textos que aparecieron en forma de libro bajo el título de *Cuentos románticos* (1896). // *El Monitor Republicano*, diario de la ciudad de México, que en su primera etapa llevó el nombre de *El Monitor Constitucional*, fue fundado por Vicente García Torres; su primer número apareció el 21 de diciembre de 1844 y, salvo su interrupción durante el último de los gobiernos de Antonio López de Santa Anna (abril de 1853 a agosto de 1855) y los de Félix María Zuloaga (enero de 1858 a febrero de 1859) y de Maximiliano de Habsburgo (mayo de 1864 a junio de 1867), continuó apareciendo hasta el 31 de diciembre de 1896. Como órgano de los liberales puros, reapareció en 1867 al restaurarse la República bajo la dirección de José María del Castillo Velasco. Poco a poco su posición política se fue moderando hasta ser vocero del gobierno de Porfirio Díaz.

nes de un pianista en el folletín semanal de *El Domingo* y dio a luz un *Compendio de historia de la antigüedad* en 1880.¹¹

—Pues esa es mi vida.

—No, no, yo quiero más. Por ejemplo: no sé dónde leí que usted fue tendero en Veracruz.

—¡Tendero! Sí, tengo vocación, me gusta comer las pasas y las almendras.

Solté una carcajada.

—Tendero fue mi hermano Santiago y en una tienda de ínfima clase —continuó.¹²

Y le seguí escarbando y supe más.

¹¹ *Las confesiones de un pianista* fue publicado en *El Domingo* (1871-1873), t. III, núm. 30, pp. 438-440; t. IV, núms. 1, 2, 3, 5, 6, 7, 10, 11, pp. 7-9, 16-19, 35-38, 68-71, 82-83, 94-96, 135-136 y 152-155. Su tema versa sobre los "sucesos acaecidos a un pianista que se olvida de su familia. Sus amores. Sus penas. Citas de Walter Scott, Lord Byron, Quintana, Argensola. Versos de Espronceda y Bécquer. Referencias sobre la ciudad de México. Los nuevos ricos. El adulterio". (Vid. Ana Elena Díaz Alejo et al., *Índices de El Domingo. Revista Literaria Mexicana, 1871-1873*, p. 114). Con el mismo título se encuentra recogido en Justo Sierra, *Cuentos románticos*. Edición y prólogo de Antonio Castro Leal. México, Editorial Porrúa, 1946 (Colección de Escritores Mexicanos, 36). // Siendo profesor de historia y cronología, Justo Sierra escribió su *Compendio de la historia de la antigüedad: texto del curso de historia en la Escuela Nacional Preparatoria*. México, Imprenta de José María Sandoval, Calle de Jesús María núm. 4, 1879, 387 pp. (Biblioteca de La Libertad). Como puede observarse, Pola cita una segunda edición publicada por la Imprenta de La Libertad (Calle de las Escalerillas, núm. 20).

¹² Santiago Sierra Méndez (1850-1880), hermano de don Justo. Al llegar a México con su familia inició los estudios de latín, griego y filosofía. En 1863 se trasladó a Veracruz y ahí comenzó la carrera de medicina, la que abandonó después para dedicarse al comercio. A partir de 1867 incursionó en el periodismo y al año siguiente fundó el semanario *Violetas* y, en 1869, *La Guirnalda*. Escribió la novela *La caza del tigre*. En 1880 publicó un artículo titulado "Un miserable que se llama Ireneo Paz", lo que ocasionó una polémica que terminó con un duelo entre Sierra —Santiago— y Paz donde el primero perdió la vida.

Leyó, desde muy niño, el *Viaje del joven Anacarsis*.¹³

Cuando vino a México entró a San Ildefonso a estudiar segundo curso.

Don Sebastián Lerdo de Tejada era rector del establecimiento, que, por cierto, descuidaba mucho por atender al célebre partido de los Cincuenta y uno;¹⁴ allí, a pesar de su liberalismo, se rezaba y oraba más todavía que en un seminario de estos tiempos; se era místico y santo a fuerza de palmeta y bóveda.

¹³ Jean-Jacques Barthélemy, *Voyage du jeune Anacharsis en Grèce* (1788). El protagonista de esta obra fue Anacarsis, filósofo escita del siglo VI, uno de los siete sabios de Grecia.

¹⁴ Sebastián Lerdo de Tejada (1823-1889) fue profesor y rector de San Ildefonso de 1852 a 1863; un siglo después, Ernesto Lemoine, difiere de la visión de Pola y considera que el rectorado de Lerdo de Tejada fue la última etapa brillante de San Ildefonso, antes de convertirse en la Escuela Nacional Preparatoria (Cf. Ernesto Lemoine, *La Escuela Nacional Preparatoria. En el periodo de Gabino Barreda, 1867-1878. Estudio histórico. Documentos*, p. 29). // Sobre el partido de los Cincuenta y uno no he podido encontrar nada. // El corte clerical de San Ildefonso se advertía en infinidad de detalles, que le acarrearón el mote de “colegio mocho”, según explica Lemoine: “Por principio, el ramo de Ciencias Eclesiásticas, confería a quienes lo cursaban el semblante de verdaderos seminaristas; y luego, la abundancia de cuadros religiosos que adornaban los muros de pasillos y salones de clase, el culto diario en la capilla, las ‘fiestas de guardar’ que casi nunca eran cívicas, la misa obligatoria para los internos: todo ello contribuía a acentuar aquella atmósfera conventual”. Costumbres que el rector Lerdo no pudo modificar, debido a que eran coincidentes con el clima social de la República, no hay que olvidar, afirma el mismo Lemoine, que su rectorado coincide con el último gobierno de Antonio López de Santa Anna (1853-1855) y con los regímenes conservadores de Félix Zuloaga (1858) y Miguel Miramón (1859-1860), y con las presidencias intermedias de Juan Álvarez (1855) e Ignacio Comonfort (1855-1858), por lo que “el Colegio, por su tradición, no podía violentar el sendero que se le había marcado ni ir a contrapelo de la marcha dictada por el gobierno en turno”. También debe tenerse presente que fue durante ese periodo “y en el seno de dicho ambiente clerical, cuando se opera la mutación ideológica de Lerdo, que de un proceder casi jesuítico transitará, en no mucho tiempo, a la más extremista postura jacobina” (vid. E. Lemoine, *op. cit.*, pp. 34-35).

Un día Justo dedicó un soneto a Garibaldi,¹⁵ corrió la composición en manos de los estudiantes, llegó a la de los celadores y el joven autor fue severamente reprendido y castigado con ocho días de arresto riguroso.

Parte de su educación la recibió de los jesuitas,¹⁶ y las matemáticas fueron su mayor tormento físico y moral, no sólo porque le repugnaban, sino también porque las consideró un rompecabezas.

—Las estudiaba poco y las entendía mucho menos —me contó.

¿Y qué se figuran ustedes que pasó entre las matemáticas y él? Pues pasó esto que narra:

—Bien sabe usted que los jesuitas pretenden descubrir las vocaciones del estudiante examinando la cabeza; pues bien: obtuve por casualidad buena calificación en matemáticas, estudiaron en seguida mi cabeza y concluyeron por creer que tenía yo vocación para ellas. ¡Qué barbaridad! ¡Figúrese usted!

Y, a más no poder, réimos los dos.

¹⁵ Giuseppe Garibaldi (1807-1882), político y general italiano exiliado en Sudamérica. En 1836 combatió en Brasil el centralismo de la regencia, impuesta por un golpe militar; en 1842 luchó desde Uruguay contra los partidarios del dictador argentino Juan Manuel Rosas, y en su momento condenó la Intervención Francesa en México y la pretensión de imponer la monarquía de Maximiliano de Habsburgo; al triunfo de la República (1867), publicó en Génova un manifiesto en el que pedía el indulto para Maximiliano. En 1870 envió al presidente Benito Juárez un retrato en prenda de amistad.

¹⁶ Sus primeros estudios los realizó en Campeche, su ciudad natal, y los continuó en Mérida hasta 1861, año en que se trasladó a México (*vid.* nota 6). Como ya se dijo, Sierra fue alumno del Colegio de San Ildefonso, institución que estuvo bajo la dirección de los jesuitas desde su fundación el 29 de julio de 1588 hasta la expulsión de esta orden en 1769. El 19 de mayo de 1816 este Colegio fue reintegrado a la Compañía de Jesús; sin embargo, al poco tiempo, por decreto del 23 de enero de 1821, la congregación fue extinguida. Posteriormente, los jesuitas volvieron a dirigir el plantel hasta que dejaron de estar definitivamente al frente de San Ildefonso en 1866.

Corría entonces el año de 1869 y tenía por condiscípulos en Letrán a Genaro Raigosa, Gonzalo A. Esteva y M. Díaz Mimiaga.¹⁷

Sucedió que cierto día lo presentaron a Altamirano y no pudo menos, después de esto, que hacer su entrada triunfal en el mundo de las letras.

—Me dijo tales cosas, con tan bonitas palabras, que me fascinó por completo: me sentí otro hombre —me dijo.

Es de advertir que en aquellos días de renacimiento literario el gran pontífice de la literatura nacional no había abdicado al cetro, y tenía decisiva influencia en la opinión pública, y sus palabras eran recibidas como de un oráculo; y como Justo tiene hasta hoy la “mala costumbre de hacer versitos”, uno de sus primeros, “El canto...”, se lo enseñó a Altamirano para que lo corrigiera, y el Maestro, después de leerlo, invitó al poeta a una velada literaria en la casa del licenciado don Joaquín Alcalde, calle de Santa Teresa.

¹⁷ Genaro Raigosa (1847-1906), abogado, diputado local y después federal durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada; senador en varias ocasiones. Desempeñó funciones diplomáticas en Alemania, Inglaterra y en Estados Unidos. Fue representante de México en la segunda Conferencia Panamericana (1901-1902).

Gustavo A. Esteva (1843-1927), estudió Derecho, fue diputado y senador por Veracruz, su Estado natal. Trabajó en el servicio exterior mexicano. Fundó, dirigió y fue redactor en jefe de *El Nacional* a partir de julio de 1880. Periódico de Política, Literatura, Ciencias, Artes, Agricultura, Minería y Comercio; asimismo fue colaborador de *El Federalista* y de *El Renacimiento* y autor de *Tres poesías*, y las novelas *Amor que mata*, *Elena*, *María Ana* y *Soledad la diosa*.

Manuel Díaz Mimiaga (1849-?), estudió en la Escuela Nacional de Jurisprudencia para obtener el título de abogado, sin embargo, al poco tiempo abandonó esta carrera para dedicarse a la política y a la diplomacia. Fue diputado al Congreso de la Unión, secretario de la Legación de México en Guatemala, la que después tuvo en propiedad. También fue secretario de la Legación de México en París. De regreso a México fue nombrado oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores. Fue representante y delegado de México para la Exposición de París en 1888.

El neófito fue presentado por el Maestro a las estrellas de primera magnitud: a Prieto, a Cuéllar, a Peredo, a Riva Palacio, etcétera, etcétera.¹⁸

El iniciado, lleno de asombro y encogido, obedeció las órdenes del Maestro.

—¿Qué, no trae usted los versitos?— le preguntó.

—Sí, señor.

Y Justo los declamó, alcanzando entusiastas aplausos de la magnífica concurrencia.

Su reputación literaria no estaba hecha con esto nada más; pero Altamirano, que en aquella época mataba o volvía inmortal a

¹⁸ De noviembre de 1867 al mes de abril de 1868, a iniciativa de Luis G. Ortiz y de José Tomás de Cuéllar, se llevaron al cabo alrededor de trece reuniones semanales, que bajo el lema de "Orden y Cordialidad" y con el nombre de Veladas Literarias, tuvieron como objeto promover la literatura nacional. Estas reuniones, "eran más amistosas que formales, se leía principalmente poesía y se escuchaban algunos juicios críticos. Los escritores ya entonces mayores, como Guillermo Prieto, Manuel Payno e Ignacio Ramírez, estaban junto a los que iniciaban su madurez, como el mismo Altamirano, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortiz, José Tomás de Cuéllar y Juan A. Mateos, y al lado de los jóvenes que se daban a conocer: Justo Sierra, Juan de Dios Peza y otros menores" (vid. José Luis Martínez, "México en busca de su expresión", en *Historia general de México*, t. 3, p. 313). Las Veladas Literarias fueron presididas por Ignacio M. Altamirano quien invitó a Sierra a participar. La aparición de Justo Sierra en dichas reuniones fue en casa de Joaquín Alcalde el 20 de enero de 1868 en la que leyó su poema "El canto de las hadas" (cf. C. Dumas, *op. cit.*, pp. 71-74). Alicia Perales Ojeda ofrece la cronología de las Veladas Literarias en *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, pp. 76-80; su información sobre la presentación de Sierra en las Veladas parece confusa. Sobre las Veladas puede también consultarse el importante estudio de Ignacio M. Altamirano "Veladas Literarias", en *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos*, t. II, pp. 55; y Justo Sierra, *Obras completas, III. Crítica y artículos literarios*, pp. 380-386. Dos poemas de Justo Sierra fueron recogidos en la memoria de esas reuniones: "El canto de las hadas" y "Dios". Al señor don Ignacio M. Altamirano (cf. *Veladas literarias. Colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos*, pp. 79-83 y 113-118).

cualquiera con una plumada, que era una especie de Saint Beuve, lo subió al cielo en las *Revistas literarias*, donde vive hasta hoy día y nadie podrá hacer que descienda.¹⁹

En 1869 redactaba *El Renacimiento* en hermandad con una pléyade de celebridades, entre las que figuraba el ilustre obispo Montes de Oca, Roa Bárcena, Segura y Cuevas.²⁰

Entonces nació su *Ángel del porvenir*, que por ser un monstruo no pudo alcanzar completo desarrollo.

¹⁹ Altamirano, en sus *Revistas literarias* de México, exaltó las "Conversaciones" que Justo Sierra publicaba en *El Monitor Republicano*: "¿Qué cosa es esta conversación? [...] La *Conversación del domingo* es un capricho literario; pero un capricho brillante y encantador. No es la revista de la semana, no es tampoco un artículo de costumbres, no es la novela, no es la disertación; es algo de todo, pero sin la forma tradicional, sin el origen clásico de los pedagogos; es la *causerie*, como dicen los franceses, la charla chispeante de gracia y de sentimiento, llena de erudición y de poesía; es la plática inspirada que a un hombre de talento se le ocurre trasladar al papel, con la misma facilidad con que la vertirían sus labios en presencia de un auditorio escogido. [...] En México, a Justo Sierra pertenece el honor de haberla introducido, y ¡cuán ventajosamente!" (*vid.* Ignacio M. Altamirano "Revistas Literarias", en *op. cit.*, t. I, pp. 80-81). Cabe recordar que Charles Agustin Sainte-Beuve (1804-1869), poeta, crítico y escritor francés, solía publicar sus *Causeries du lundi*, colección de críticas literarias publicadas semanalmente en el periódico *Le Constitutionnel* de 1849 a 1852) y en *Le Moniteur* de 1852 a 1861; fueron editadas en 15 volúmenes entre 1857 y 1872.

²⁰ Caben aquí algunas precisiones: dentro del cuerpo de redactores de *El Renacimiento* están registrados tanto Justo Sierra como José Sebastián Segura (1822-1889), además de Ignacio Ramírez (1818-1879), Guillermo Prieto (1817-1897) y Manuel Peredo (1830-1890). En la nómina de colaboradores aparecen el padre Ignacio M. Montes de Oca y Obregón (1840-1921) y José de Jesús Cuevas (1842-1901); por su parte José María Roa Bárcena (1827-1908) si bien no está registrado en ninguna de las dos listas referidas, publicó en *El Renacimiento*, tomo I, las siguientes poesías: "Duelo doméstico", "Graziella", "Paisaje", "Sonetos", "Muerte de la señorita Luz de la Llave", y en el tomo II: "Mazeppa. Prólogo a una versión castellana de este poema de Lord Byron", prosa y "Mazeppa", traducción.

Los hermanos Esteva le impusieron que escribiría una novela; la bautizaron sin más ni más en una conversación de sobremesa; mandaron fijar pomposos cartelones de anuncio y todo con asombro del *inédito* autor que no tenía escrita una sola hoja ni concebido el plan.²¹

²¹ *El ángel del porvenir*, novela inconclusa, dedicada a Santiago Sierra como un homenaje. A partir del número cinco de *El Renacimiento* apareció publicada como entrega adicional dispuesta en medio del cuaderno para que fuera fácilmente desprendido puesto que no llevaba costura (cf. Ignacio M. Altamirano, “Crónica de la semana”, en *El Renacimiento*, t. I, pp. 65-66). Efectivamente “Sierra fue objeto de una broma sangrienta: se anunció en la revista y en carteles por toda la ciudad la publicación de una novela suya por entregas, con título escogido por Roberto Esteva: *El ángel del porvenir*, sin que él se hubiera siquiera enterado; pero aceptó el reto y —dice— ‘empecé a ensartar capítulos de puerilidades y tonterías empapadas de un donjuanismo satánico e infantil; y como redactaba mi fárrago cuando ya el material urgía para el periódico y en la imprenta misma, los acontecimientos del día solían proporcionarme teatro para exhibir mis episodios (mi novela se componía de puros episodios, no tenía argumento), y un respiro que podía utilizar en la búsqueda del argumento susodicho’. Aquel juego le valió a Sierra continuas chanzas por parte de [Vicente] Riva Palacio [1832-1896] que, en su libro *Los cerros*, recordaba el asunto todavía en 1882: Del *Ángel del porvenir* sólo se exhibió una pequeña parte: ello es que el ángel se quedó por venir, y aún hoy mismo no se puede afirmar que Sierra sepa quien iba a ser el ángel: quizá el editor. ‘Fue el primero y el último intento de Sierra en la novela; comenzó relatando las intrigas de capa y alcoba de los afrancesados de la capital y fue ampliando el escenario hasta acabar el mundo entero: Rusia, Polonia, Italia, la India. Cada nuevo pasaje traía consigo un largo pasado entreverado de historia erudita, la verdadera pasión de Sierra, que ensayó en la novela sus primeras interpretaciones sobre la Revolución Francesa, el imperialismo inglés en Oriente, Napoleón, Julio César, Dantón, Marat, a la menor oportunidad. La novela quedó trunca cuando introdujo a un personaje, G., identificado como Gambetta, a raíz de la lectura de algunos de sus discursos antiimperialistas. Pero el estilo de *El ángel del porvenir*, comparado con otras narraciones de la revista [*El Renacimiento*], es un portento de agilidad y de brillo” (H. Batis, “Presentación”, a *El Renacimiento*, p. xvi). *El ángel del porvenir* fue recogido en el segundo tomo de las *Obras completas* de Justo Sierra, pp. 195-372.

Pero vio la luz, así, sietemesina como querían que fuera. Primero salió el prólogo; después, una carta de contestación a otra del señor Rafael Castro; luego, la novela mentada, y en fin, como era consiguiente, el aborto.²²

Y cómo no había de morir así, cuando él me dijo:

—Iba resultando un serpentón gigantesco de capa y espada.

Profesa culto a Altamirano. Su *Clemencia* la ama con más amor que el autor.²³

—Éramos la bohemia. Nuestro general tenía una escolta de fieles. Altamirano incubó los mejores polluelos de esa camada —me manifestó, como entristeciéndole la remembranza.²⁴

Ahora es hombre público.

²² J[osé]. Rafael de Castro, "El ángel del porvenir", en *El Renacimiento*, t. I, México, 1869, pp. 133-136; fechada el 4 de febrero de 1869.

²³ *Clemencia*, de Ignacio M. Altamirano, se publicó en varias entregas en el t. II de *El Renacimiento*, pp. 39-41, 69-71, 87-89, 105-107, 138-139, 155-158, 168-170, 183-185, 202-207, 218-219, 250-253, 261-287. *Clemencia* es considerada la primera novela moderna de México, tanto por su concepción estética como por sus cualidades formales.

²⁴ "Cuando las Veladas Literarias de 1867 se dieron por terminadas, el grupo de literatos que las animó no se disgregó, sino que continuó reuniéndose en casa del maestro Altamirano. Aquel grupo de amigos leían sus composiciones en aquellas veladas privadas, y asistían juntos a los teatros, de donde recibió el conjunto el nombre de Bohemia Literaria. Estas reuniones de bohemios invitaba a las fiestas oficiales y a los espectáculos públicos. / Continuaron en esta actividad hasta 1872 [...] / *La Linterna Mágica* fue el órgano de publicidad de la Bohemia Literaria. Entre los principales colaboradores deben mencionarse a Ignacio Ramírez, Guillermo Prieto, Ignacio M. Altamirano, [Gustavo G.] Gostkowski, Manuel Peredo, Calibán [Gustavo A. Baz], Joaquín Téllez, y José Monroy. La revista quedó dividida en tres secciones: la primera se dedicó a publicar las novelas de José T. de Cuéllar, Facundo, la segunda se destinó a poesías y la tercera a ilustraciones. El director de esta publicación sabatina fue José Tomás de Cuéllar" (vid. A. Perales, *op. cit.*, pp. 80-81).

Fue secretario de la Corte de Justicia.²⁵

Hace años que es diputado por Sinaloa al Congreso de la Unión.²⁶

La cátedra de historia de la Escuela Nacional Preparatoria, la ocupó desde 1877 y débesele a Altamirano que consiguió fuera su continuador.

Tiene muchas obras inéditas.

Acaba de escribir unos *Elementos de historia general*, para las escuelas primarias, y una *Epístola*, en verso, al autor de los *Murmurios de la selva*, a quien admira.²⁷

Ha entrado a la Academia de la Lengua de acá, correspondiente de la Española,²⁸ y tiene *grandes esperanzas* de aprender algo, al menos lo dicen estas palabras suyas:

—A ver si me clarifico o me traduzco lo mejor que pueda del francés.

Como llamara, a lo Gouncourt, documento humano a esta serie de artículos míos, díjele:

²⁵ A partir del 11 de octubre de 1894 Justo Sierra ocupó la magistratura de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.

²⁶ El 14 de septiembre de 1880, Justo Sierra fue designado diputado suplente por el 1^{er} Distrito de Sinaloa en la Legislatura Federal. Su participación en los debates de la Cámara estuvieron orientados a luchar por sus ideas educativas dentro de las que propuso entre otras cuestiones importantes: establecer la instrucción primaria obligatoria en la República; prestar igual atención tanto a la instrucción primaria como a la enseñanza superior; crear el Ministerio de Instrucción y la Universidad Nacional, en la que se incluiría la Escuela Nacional Preparatoria y una Escuela de Altos Estudios (1910), iniciativas todas ellas que se verían realizadas en pocos años.

²⁷ *Al autor de los "Murmurios de la selva"* (1888), epístola-poema que Justo Sierra dedicó a Joaquín Arcadio Pagaza (1839-1918) con motivo de la aparición de su libro de versos *Murmurios de la selva*, con prólogo de Rafael Ángel de la Peña, México, Imprenta de Francisco Díaz de León, 1887.

²⁸ *Vid.* nota 6.

- Usted conoce mucho a Zola.
- Le he leído, pero me agrada más Daudet. Cabalmente aquí tengo su novela última, *El Inmortal*.²⁹
- Y se puso a ir y venir de la mesa a los estantes, hablando solo.
- ¿Dónde está *El Inmortal*? ¿dónde está *El Inmortal*? Algún literato se la habrá llevado. ¿Dónde está?
- Y le estreché la mano sin que hallara *El Inmortal*.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTAMIRANO, Ignacio M. *La literatura nacional. Revistas, Ensayos, Biografías y Prólogos*. Edición y prólogo de José Luis Martínez. México: Editorial Porrúa, 1949, 3 t.
- *Revistas literarias de México*. Edición particular del autor. México. F. Díaz de León y S. White, Impresores, 1868, 202 pp.
- BATIS, Huberto. "Presentación" a *El Renacimiento. Periódico literario (México, 1869)*. Edición facsimilar. Fuentes de la Literatura Mexicana, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1979, pp. VII-XXVI.
- DÍAZ ALEJO, Ana Elena, Aurora M. Ocampo Alfaro y Ernesto Prado Velázquez, bajo la dirección de María del Carmen Millán. *Índices de El Domingo. Revista Literaria Mexicana, 1871-1873*. México: UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1959, 117 pp.

²⁹ Alphonse Daudet (1840-1897) comenzó su carrera de escritor en 1858 con la publicación de un tomo de poesías que tituló *Les amoureuses*. En 1860 fue nombrado secretario del duque Charles Morny (1811-1865) de quien se valió para entrar en la alta sociedad. Autor, entre otras muchas de: *Le chaperon rouge* (1861), *Lettres de mom moulin* (1866), *Aventures prodigieuses de Tartarin de Tarascon* (1872), *Sapho* (1884); *L'immortel* (1888), novela a la que se refiere Sierra, es considerada como una sátira a la Academia Francesa.

- DUMAS, Claude. *Justo Sierra y el México de su tiempo, 1848-1912*. Revisión y coordinación de Marta Pou Madinaveitia. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1986, 2 t.
- GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel. *Obras. Crítica Literaria, I. Ideas y temas literarios. Literatura mexicana*, [1959] 2ª edición. Nueva Biblioteca Mexicana, 4. Investigación y recopilación de Erwin K. Mapes. Edición y notas de Ernesto Mejía Sánchez. Introducción de Porfirio Martínez Peñalosa. Índices de Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara. México: UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1995. 543 pp.
- *Obras VI. Crónicas y artículos sobre teatro, IV (1885-1889)*. Nueva Biblioteca Mexicana, 91. Introducción, notas e índices de Elvira López Aparicio. Edición de Ana Elena Díaz Alejo y Elvira López Aparicio. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1985. LXIII + 397 pp.
- LEMOINE, Ernesto. *La Escuela Nacional Preparatoria. En el periodo de Gabino Barreda, 1867-1878. Estudio histórico. Documentos*. México: UNAM, 1995. 252 pp.
- LEÑERO, Vicente y Carlos MARÍN. *Manual de periodismo*, 13ª ed. Tratados y manuales Grijalbo. México: Grijalbo, 1993, 315 pp.
- MARTÍNEZ, José Luis. "México en busca de su expresión", en *Historia general de México*. 1ª reimp. México: El Colegio de México, 1981, t. 3, pp. 282-337.
- PERALES OJEDA, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1957, 275 pp.
- POLA, Ángel. "De visita. José T. de Cuéllar", en "Apéndice, 1. Entrevista de Ángel Pola a José Tomás de Cuéllar", en Belem Clark de Lara, "Estudio preliminar" a *La Ilustración Potosina*, edición facsimilar de Ana Elena Díaz Alejo. Fuentes de la Literatura Mexicana, 2. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1989, pp. 133-140.
- El Renacimiento. Periódico Literario*. Editores: Ignacio M. Altamirano y Gonzalo A. Esteva. Redactores: Ignacio Ramírez, José Sebastián Segura, Guillermo Prieto, Manuel Peredo y Justo Sierra [y 62 colaboradores]. México: Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White [Segunda de la Monterilla, núm. 13], 1869, 2 t. Edición

facsimilar. Fuentes de la Literatura Mexicana. Presentación de Huberto Batis. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 1979, xxiv + 520 + 291 pp.

- SIERRA, Justo. *Obras completas, II. Prosa literaria. Piedad. Conversaciones del "Domingo". El ángel del porvenir. Cuentos románticos.* Edición ordenada y anotada por Francisco Monterde. Nueva Biblioteca Mexicana, 50. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, Dirección General de Publicaciones, 1991.
- *Obras completas, III. Crítica y artículos literarios.* Edición y notas de José Luis Martínez. Nueva Biblioteca Mexicana, 51. México: Imprenta Universitaria, 1948, 499 pp.
- *Veladas literarias. Colección de poesías leídas por sus autores en una reunión de poetas mexicanos.* México: Imprenta de F. Díaz de León y S. White, 1867 [o 68], 131 pp.